

exclamé interrumpiéndola.—¿Pero es Vd. una mujer ó un serafin?

—Aquella noche no pude dormir. Estaba fascinada y no sabia apartarme del retrato del Rey que mamá tiene en su cuarto haciendo juego con la estampa del señor San José. En los siguientes dias traté de vencer la irresistible atraccion que me llevaba violentísimamente á recrear mi espíritu con los recuerdos de aquella noche y aquel dia. Pero ¡ay! mi señor D. Juan. La noble, la gallarda, la incomparable imágen no se podia apartar de mi imaginacion. Cuando oia leer la *Gaceta* y pronunciaban delante de mí el nombre del Rey, cuando Ostolaza le nombraba en la tertulia para encomiarle hasta las nubes por sus buenas acciones, mi rostro se encendia, parecia que iban a estallar mis venas todas y á romperse en mil pedazos mi corazon.

—¡Oh! lo creo, lo creo—dije con calor.—Su Majestad cautiva de ese modo el ánimo de cuantos le miran. ¡Qué gallardía en su persona! ¡qué nobleza y grave hermosura en su semblante! ¡qué caballerosidad é hidalguía en sus modales! ¡qué dulce música en su voz! No existe otro más seductor en el conjunto de los hombres... ¡Pues qué diré de sus elevados pensamientos, de aquella bondad de corazon, de

aquella inteligencia suprema, para la cual no hay en el arte del gobierno oscuridades ni enigmas? ¡Qué diré de su espíritu de justicia, del gran amor que profesa á sus vasallos, de su religiosidad supina, de todas las admirables prendas de su alma, las cuales son tantas, que parece mentira haya puesto Dios en una sola pieza tal número de perfecciones? Vd. le tratará más de cerca, Vd. le oirá, Vd. podrá conocer por sí misma que las cualidades de ese angélico sér á quien Dios ha puesto al frente de la infeliz España exceden con mucho á sus altas perfecciones físicas.

—La nariz es un poco grande—dijo Presentacioncita con una salida de tono que me hizo estremecer, —pero no por eso deja de ser admirable el conjunto del rostro.

—¡La nariz grande! Así la tuvieron Trajano, Federico el Grande, así era también la de Ciceron, la de Ovidio y tantos otros hombres eminentes... Pero esto no hace al caso. Lo que importa es que sepa Vd. los sentimientos que ha despertado en aquel noble y potente corazón, no ocupado enteramente del amor á la patria y al sábio gobierno absoluto. ¡Oh, mujer feliz entre las mujeres felices!—añadí con mucho calor—¡Oh, flor escogida entre las flores escogidas! ¡Oh, vírgen superior á todas las

vírgenes! puede Vd. vanagloriarse de ser la primera que ha encendido una llama ardiente, para, una llama...

Presentacioncita se cubrió de nuevo el rostro con las manos. Entónces pasó por mi mente las sospechas de que fuese yo en aquel momento víctima de un bromazo tremendo. ¿Pero cómo era posible que el fingimiento de la muchacha fuese tan magistral? No, ninguna actriz de la tierra, aunque se llamase María Ladvenant ó Rita Luna, era capaz de simular los sentimientos con tal perfeccion, desfigurando el rostro, estudiando las palabras, midiendo las actitudes, sin que ni un solo momento se descuidase y revelara el pérfido artificio.

Observé á Presentacioncita con atencion profunda, y cuanto más la miraba, más me confirmaba en mi creencia de que cuanto veia y oia era la realidad incontrovertible de una pasion verdadera. Mis últimas zozobras se dissiparon, cuando la ví alzar la frente y me mostró su rostro cubierto de lágrimas, de verdaderas lágrimas de ternura y dolor. ¡Oh, estaba preciosa! Entre ahogados sollozos exclamó:

—Sr. D. Juan, ¡por amor de Dios! no me diga Vd. eso, no me lo diga Vd. Es una falta de caridad jugar así con el corazon de esta desgraciada.

Sus dulces lágrimas humedecieron mi mamo. ¡Qué lástima que aquel rocío celeste no fuera para mí! Me avergoncé de haber dudado un solo instante.

—¿No me cree Vd.?—dije—Pues muy fácilmente puede convencerse de mi veracidad. Yo le proporcionaré ocasion de que oiga Vd. misma de los lábios...

—¡Oh! eso no puede ser...—afirmó con dignidad.

—No propongo nada contrario al honor—añadí.—Su Majestad creo que daría la mitad de su corona por poder manifestarle á Vd. los sentimientos que le ha inspirado. Yo tengo el honor de ser amigo de Su Majestad, y me ha confiado este deseo de su corazon... ¿A qué conduce el negarle tan dulce y legítimo consuelo, cuando él, por la misma sublimidad de su amor, no aspira á nada que arroje sombra de mancilla sobre la adorada persona de usted?

—¡Oh, qué disparates!—dijo con miedo.—No, esto no puede pasar de aquí. Ni mi humilde condicion con respecto á la suya me permite acercarme á él con legítimo fin, ni mi honra me lo permite de otro modo. Es este un problema que no puede resolverse. No lo resolverá Su Majestad con todo su poder, ni me des-

lumbrará el esplendor de su corona hasta cegarme los ojos con que miro mi deber, la reputacion de mi nombre y mi casa. ¡Jamás! Oiga Vd. bien lo que digo. Jamás consentiré en ver ni hablar á esa alta persona. Si he confesado lo que Vd. acaba de oír, lo he hecho porque mi corazon necesita a esta noble, esta leal expansion con un cariñoso amigo que no puede venderme.

—Pero él...

—Ni una sola palabra más sobre este asunto. ¡Qué nécia he sido! ¡Por qué no se me abrasó la lengua? Antes moriré cien veces que consentir en ser recibida por su amigo de Vd. ó en aceptar su visita. ¡Miserable de mí! Me daría yo misma con mis propias manos la muerte, si me viese cogida en una inícua celada por los cortesanos y aduladores de Su Majestad.

—¿Usted ha podido creer que yo?...—dije muy confundido.

—¿Por qué lo he de negar? Creo que á pesar de su honradez, el deseo de servir á su señor le impulsa á abusar de mi confianza, de mi debilidad, de esta franqueza quizás culpable con que le he hablado... ¡Oh Dios mio! ¡cuán desgraciada soy! ¡cuán desgraciada!

—Señora, yo juro que nada he pensado contrario al honor de Vd. y de su hidalga familia. Pero no negaré que he creído posible y

hasta conveniente para la tranquilidad del mejor de los hombres y del más virtuoso de los reyes, el preparar una entrevista amistosa...

—¡Por Dios! ¡por todos los Santos!—exclamó con acento dolorido.—Vd. ha tramado perderme; Vd. no es ni puede ser un hombre leal. Pipaon, se acabó, ni una palabra más; retírese Vd. ¡Al momento, al momento!

—Calma, calma. Lo decidiremos despacio y sin reñir, ni llamarme desleal.

—¿Qué quiere Vd. decir con entrevistas amistosas?

—Una conferencia de amigos, una explicación...

Quedóse meditabunda largo rato, y yopendiente de su contestación, con el alma en los oídos.

—Bien, lo pensaré. Déme Vd. esta noche para pensarlo.

—¿Y mañana recibiré la contestación?

—Sí, mañana en este mismo sitio y á la misma hora.

Cuando esto decía, sentí un rumor extraño en lo interior de la casa.

—Mi hermano viene—dijo con zozobra.—Retírese Vd. al momento, al momento, y apriete Vd. el paso. ¡Oh! Ha sido una suerte que Gasparito esté malo y no pueda salir de noche.

—Dios le conserve el mal... Conque hasta mañana, ¿eh? Adios, niña mia.

Cerró la reja y me retiré á mi casa. Yo tambien necesitaba meditar.

XXV

Al dia siguiente oí á doña María quejarse de la profunda distraccion de Presentacioncita, de sus nerviosidades y palideces, del trastorno muy visible que en sus maneras y lenguaje se habia verificado, lo que acabó de confirmar mi creencia respecto á la veracidad de la niña en las confianzas que me hiciera. Llegada la noche, acudí á la segunda cita y parecióme que se habian agravado en la hermosa muchacha los síntomas de exaltada y febril pasion.

—¡Cuánto ha tardado Vd., D. Juan!—me dijo reconviniéndome.

—He venido á la hora marcada, incomparable niña—repuse.—Si Vd. se ha anticipado, no me acuse de tardío. Y ¿qué tal? ¿Se ha meditado mucho? ¿Cómo está esa preciosa cabeza? ¿Se ha serenado, se ha aclarado ese entendimiento?

—He pensado mucho en ello, Sr. D. Juan—

exclamó con abatimiento, y mi mal no tiene remedio.

—¡Que no tiene remedio! Eso lo veremos más adelante. Pero por de pronto, dígame Vd. su parecer acerca de la entrevista amistosa.

Contestóme con hondo suspiro.

—La entrevista amistosa serviría tan sólo para aumentar mi desgracia. Déjeme Vd., Pipaon, déjeme Vd. Ni su amistad me sirve de nada ni quizás la merezco tampoco... me moriré sola.

—Seamos razonables, adorada niña—dije, alargando una mano por entre los hierros de la reja.—Aquella persona á quien he dado esperanzas de obtener algunos castos favores, está loca de alegría. Hoy no ha habido despacho, y España y sus Indias andarán desgobernadas, mientras aquel desatentado corazón no se tranquilice.

—¿Y si yo consintiera en la entrevista?—preguntó con afán.

—Entonces pronto se conocería en el risueño aspecto del reino y en la marcha rapidísima de los expedientes, que el trono había recobrado su asiento.

—¿Pues qué—preguntó con incertidumbre, —el trono es capaz de desquiciarse por mí?

—Presentacioncita, es máxima de la anti-

güedad, que los reyes contrariados en sus amores no gobiernan bien á los pueblos.

—¡Ay! Pipaon, cada vez me inspira usted ménos confianza—dijo ella.—Se me figura que mientras yo manifiesto mis sentimientos más escondidos con tanta sinceridad y tanta nobleza, Vd. fingiendo interés por mí, trata de engañarme, de perderme alevosamente, por servir á un caprichoso amigo.

—¡Yo falso, yo alevoso, yo traidor!—exclamé con mucho brio.—Dar tales nombres á quien es la lealtad en persona... á quien daría gustoso su vida por el prójimo, por Vd., Presentacioncita de mi alma. Por Dios, no me estime Vd. en ménos de lo que valgo.

—No; Vd. no es sincero; Vd. oculta mucho sus pensamientos—dijo en tonillo quejumbroso.—Lo que ha hecho Vd. con las señoras de Porreño, mis queridas amigas, prueba su mucho arte para el disimulo.

—¿Pues qué he hecho yo con esas dignas señoras?—interrogué, maldiciendo interiormente aquel pícaro sesgo que habia tomado nuestro coloquio.

—¡Y lo pregunta!... Vd. las entretuvo con promesas, mientras consumaba su ruina; usted compró los créditos de D. Alonso de Grijalva con la libertad de Gasparito, y despues...

—Basta, basta—exclamé con indignacion.— Esos hechos no pueden juzgarse en dos palabras. Si yo diera á Vd. explicaciones, ¡cuán distinta seria su opinion acerca de esas supuestas maldades!

—No, si no digo yo que sean maldades. El hombre debe mirar por sí ántes que por los demás. Nada malo hay en procurar uno su propio bien, aunque sea á costa ajena. Lo que digo es que Vd. sabe fingir muy bien; lo que digo es que Vd. me está engañando.

—¡Oh! Santa Virgen de los Dolores, Señora y patrona mia. ¡Cómo convenceré á esta pícara de mi sinceridad, de mi buena fé?—dije con vehemencia.—Yo juro que nada he pensado que pueda ser contrario á la perfecta felicidad de usted, á su virtud esclarecida, al interés de su noble familia.

Y era verdad lo que pasaba. ¡Qué hacia yo sino proporcionar á la abatida familia de Rumbler fabulosos adelantamientos y repentina prosperidad? Interesado vivamente por el bien del reino en general y de cada español en particular, yo me constituia en protector de una familia, harto necesitada de una buena mano que la ayudase á salir del atolladero de sus deudas y del pantano de sus inacabables pleitos.

—Y si no cree Vd. mis palabras—exclamé resueltamente,—á los hechos me atengo. Ya he ofrecido á Vd. el medio de cerciorarse por sí misma, y no digo más.

—Acepto—dijo con viva energía, golpeando con el puño el antepecho de la ventanilla.—Acepto la entrevista amistosa. ¡Que Dios tenga piedad de mí!

—¡Oh, mujer feliz entre todas las mujeres felices de la tierra! En vuestra grandeza, señora mia, no olvideis de hacer algo por este humilde servidor de Vuestra Majestad.

Al decir esto, me descubrí respetuosamente ante ella. Presentacioncita rompió á reir con vanidosa expresion.

—¡Yo Majestad!—exclamó. —Vamos, que pierdo el tino; ¡que lo pierdo sin remedio!

—Otras cosas hay más imposibles.

—No desvariemos, Pipaon. Seria locura pensar que he de salir de mi estado y condicion actual. ¡Jesús!...

—Monaguillo te vean mis ojos, que obispo...

—No, no hay que pensar en tales imposibilidades... posibles, pero que yo rechazo desde ahora. Lo que digo es que si por acaso me levantase yo dos dedos más arriba de donde estoy ahora, emplearia mi valimiento en hacer todo el bien posible.

—¡Admirable corazón!...—dije con fingido entusiasmo.—Permítame Vd. señora, que salute en Vd. al iris de paz de la hispana monarquía. ¡Oh, señora! ¡oh, excelsa jóven! ¡cuánto siento no estar en lugar donde pueda prosternarme!...

—¡Se vá Vd. á poner de rodillas!—dijo riendo.—No tanto, Sr. D. Juan. Sólo decia que en caso de tener algun poder...

—¡Algun poder!... Inmenso poderío tendrá usted... ¡Oh, señora, no se olvide Vd. de los desgraciados, de los menesterosos, de los pobrecitos! ¡ay! de los pobrecitos huérfanos sobre todo.

—Sobre todo de los infelices que gimen en las cárceles y en los presidios por opiniones políticas.

—Tambien, tambien, ¿por qué no? Apiádesese usted de todo vicho viviente.

—Nada me contrista tanto—añadió con gravedad,—como oir hablar de esas crueles comisiones militares, de esas persecuciones horrendas. ¡Oh! ¡Qué dulce será conseguir el perdón de los desgraciados para quienes se ha levantado la horca! ¡Qué inefable dicha correr en busca de la afligida madre, de la esposa, de la inocente hija, para decirles: "por intercesion mia teneis padre, teneis marido, teneis hijo!" ¡Abrir

las puertas de la patria á los proscriptos, arrancar la vil soga de manos del verdugo, aplacar la ira de los furibundos jueces, derramar el bálsamo de la caridad en el irritado y endurecido corazón del mejor de los reyes!... ¡Oh, qué hermoso papel! ¡Dios mio, mátame, ó déjame hacer ese papel!

A esta exaltacion sublime siguió en la sensible muchacha un abatimiento profundo. Yo la contemplaba, diciendo para mí:

—Tan atroz es su pasion, que poco le falta para estar rematadamente loca.

—¡Qué sueños!—murmuró de un modo patético pasando la mano por su abrasada frente.— ¡Qué disparates he dicho, Pipaon!... Pero mi desvarío es disculpable, ¿no es verdad? ¿Quién no pierde la vista hallándose tan cerca del sol? ¿quién al sentir en su rostro el calor que irradia aquel centro de luz y de poder, de grandeza y munificencia, no se trastorna y marea?... Yo no sé lo que pienso, yo estoy absorbida. Me parece que estoy amando á una sombra régia, á una figura magnífica y arrebatadora que para seducirme ha brotado de las estampas de un libro de historia. ¡Son tan altos los reyes! Feliz el gusano miserable que cae bajo su augusto pié. Honran hasta aquello que aplastan... Mi destino está ya decidido. No

puedo contenerme—añadió con brio.—Adelante; Dios estará conmigo, puesto que está con él, como decía *La Atalaya*. ¿No es el hijo predilecto de Dios? ¿No le ha puesto Dios en el trono? ¿No emanan sus acciones todas de inspiración divina? ¿No están de antemano aprobados todos sus actos por el Eterno Padre? Adelante. Cúmplase mi destino y la voluntad de Dios.

No era ocasión de perder el tiempo en vanas retóricas. Deseando concluir, le dije:

—Su Majestad va casi todas las tardes á la Casa de Campo.

—¿Al otro lado del Manzanares?... No he estado nunca allí—repuso en tono pueril.—Dicen que es muy bonito. Hay jardines preciosos y un lago... todo de agua.

—Todo de agua, exactamente. Es un lugar delicioso. Iremos allá los dos.

—Bueno. Pasearemos primero por entre los árboles.

—Y nos embarcaremos en los botes del lago.

—¡Oh! ¡En los botes del lago! ¡Qué delicia! Pero ¡ay!—exclamó con pena,—ocurre una dificultad grande.

—¿Cuál?

—Gasparito...

—Al diantre con Gasparito.

—No es esa la principal dificultad. Por la mañana le encargaré una comision cualquiera, y cuando venga á darme la respuesta, ya habré salido yo.

—¡Admirable idea!

—Pero mamá no me dejará salir sola de casa. Forzosamente me ha de acompañar mi hermano.

—¡El Sr. D. Diego!—exclamé meditabundo, considerando que el heredero de aquella noble casa no pecaba de sábio.

—No puede ser de otra manera. Mi hermano ha de ir conmigo, pero bien sabe Vd. que aunque se ha corregido mucho, es bastante aturdido—dijo con malicia.

—Me ocurre una idea—repuse, encontrando solucion á aquella contrariedad.—No importa que el Sr. D. Diego nos acompañe hasta la posesion régia. Entraremos los tres: nos pasearemos por espacio de una hora ú hora y media; luego se le hace salir con cualquier pretexto.

—Y volverá á entrar.

—No; de que no vuelva á entrar me encargo yo.

—¡Cómo resuelve Vd. todas las dificultades!... Por mi parte yo procuraré catequizar desde esta noche á mi señor hermano, que ahora está muy fino y complaciente conmigo. Le

diré que Vd. nos ha convidado para pasear por la Casa de Campo sin que lo sepa mamá; que Vd. conoce al administrador, el cual nos permitirá divertirnos mucho, correr por todos lados, hacer lo que queramos, como si la posesion fuese nuestra.

—Y cazar y pescar. Prométale Vd. lo que quiera. Haremos locuras para que nadie sospeche. Cuando llegue la ocasion en que su presencia nos estorbe, Vd. dirá que se le ha olvidado cualquier cosa, que desea una fruslería, por ejemplo...

—Caramelos.

—No hay tal cosa por aquellos alrededores; pero se pueden pedir...

—Anises.

—En los puestos del rio los hay. Vd. manda á su hermano que le traiga anises, ¿eh? El sale...

—Y no vuelve á entrar...

—Es Vd. el mismo demonio. En fin, estoy decidida. Que no me abandone Dios es lo que deseo.

Despues estremeciéndose de súbito, lanzó un suspiro y con voz conmovida me dijo:

—¡Qué paso tan arriesgado voy á dar, y qué falta tan enorme voy á cometer!... Aunque ningun pensamiento impuro me arrastra,

yo sé que esto es una falta, una culpa que Dios no me perdonará... no, Pipaon, no me la perdonará Dios!

—¡Oh! siempre fué escrupulosa la inocencia—exclamé con zalamería.—¡Angelical criatura! Si á mí me fuera concedido una mínima parte de la celestial gracia de Vd... ¡Pecado, culpabilidad, impureza! ¿A qué pronunciar estas palabras quien por su condicion seráfica está libre del contacto del mal?... Echeme usted, la bendicion y me creeré bueno.

Lejos de calmarse con mis afectadas razones, afligióse más. Ví que rodaban por sus mejillas abundantes lágrimas y que cruzando las manos, alzaba al cielo los ojos.

—¡Dios mio, perdóname!... ¡Madre mia, familia mia, abuelos y ascendientes míos, perdonadme!—murmuró sordamente.

Satisfecho yo tambien de la madurez de su pasion, le dije mil cosillas consoladoras, estrechando sus manos entre las mias. Ella inclinó la frente, y sentí el vivo calor de ella, así como la humedad de su llanto en mi mano.

—Pipaon—dijo con ansiedad,—Júreme usted que no dirá esto á nadie; que todo quedará en profundo misterio; júreme Vd. que no me despreciará si por acaso... júreme Vd. que sus propósitos son buenos, sus intenciones leales...

Yo juré cuanto ella quiso que jurase.

—Es tarde—dije al fin.—Retirémonos. Júreme Vd. que no faltará mañana á la cita.

—¿Lo duda Vd.? A las dos, ¿no es eso?

—A las dos. ¡Ay! ¡qué doloroso, qué horrible es desear y temer al mismo tiempo!

—Esperaré en la Cuesta de la Vega con un coche simon, téngalo Vd. presente, con un coche simon.

—Iré con mi hermano.

—Sólo con su hermano.

—No hay que hablar más. Adios. Hasta mañana.

XXVI

En la mañana del siguiente día no dejé de visitar á D. S... S..., uno de los funcionarios más respetables, más insignes de aquella preclara monarquía. Desempeñaba el cargo difícilísimo de administrador de la Casa de Campo tan á gusto de Su Majestad, que no le cambiara éste por uno de sus mejores ministros. No le nombraré más que por sus iniciales, con cuya delicada reserva evitaré que salgan ahora á reclamar la gloria de su descendencia algunos

de esos holgazanes que faltos de virtudes propias, se gallardean y ufanan con las de sus mayores. D. S... S... no habia salido de ninguna Universidad, sino de las cocinas de palacio, en cuyas humildes aulas consiguió prestar al entonces Príncipe de Astúrias repetidos servicios, denunciándole supuestos envenenamientos en algunos platos. Por estos escalones llegó D. S... S... á subir tan alto, que despues de 1814 era hombre que no se cambiaria por Pedro Collado ni el duque de Alagon.

Desempeñaba sus funciones este varon con solicitud admirable. Se le veia en todos los sitios públicos, y con frecuencia en el interior de los teatros, donde nunca faltaba alguna cómica ó bailarina á quien tuviese que dar un recadillo. Habia que verle en la Casa de Campo á ciertas horas y en ciertos dias, dando pruebas de tan consumada prudencia y discrecion y talento que no se podia pedir más. Yo me honraba con su amistad, y cuando le anuncié mi visita á la real posesion acompañado de una madamita, alegróse en extremo, y se estendió en maravillosas disertaciones acerca de las dificultades de su cargo prometiéndome al fin que nos recibiria espléndidamente. Eso sí: á obsequioso y amable le ganaban pocos.

.....

A las dos de la tarde estaba ya en la Cuesta de la Vega, muy acicalado y vestido con las finísimas ropas que por aquellos días me había hecho y á poco se me apareció Presentacioncita. ¡Válgame Dios, qué linda estaba! A sus encantos naturales, duplicados por la dulce emoción que tenía de suave rosicler su rostro, unía el más elegante y gracioso atavío que la fecunda inventiva de una mujer enamorada puede idear. ¡Cómo lucían aquellos incendiarios ojos, que á cada movimiento de sus pupilas dejaban entrever llamaradas del cielo! ¡qué sonrisa tan deliciosa la de sus rojos labios! ¡qué gracia en el abanico! ¡qué caídas las de la mantilla! ¡qué deslumbradora claridad, qué irradiación de hermosura desde la peineta hasta las puntas de los diminutos piés!—Yo estaba trastornado de admiración.

Acompañábala D. Diego, no tan risueño y aturdido como de costumbre, sino por el contrario con ciertas pretensiones de gravedad que no me hicieron gracia... ¿Sospecharia? Yo le hablé de la gira campestre que íbamos á emprender, de lo mucho que nos divertiríamos en la régia posesión, y añadí que lo mejor hubiera sido decir claramente á la señora condesa el empleo higiénico que íbamos á dar al día.

—Entónces no nos hubiera dejado venir—

repuso, entrando en el simon.—Más vale así.

—Aprisa, aprisa—dijo Presentacion con mucha impaciencia.—A ese cochero que eche á andar y que no pare hasta la Casa de Campo. Temo que Gasparito descubra á donde vamos. Desde esta mañana anda rondando la casa.

El coche partió. D. Diego recobraba poco á poco su habitual volubilidad y me hacia mil preguntas diversas relativas á la pesca del lago, á la caza de Cantarranas, á las embarcaciones de los infantes y otras menudencias. Doña Presentacioncita no hablaba nada. Yo no cesaba de contemplarla. ¡Qué expresion tan extraña tenian su rostro y sus ojos no menos picarescos que apasionados! Sin duda habia en toda ella la expresion, el aire, el indefinible aspecto del justo que se dispone á ser pecador.

En medio de la confianza que me inspiraba la niña, tenia yo cierta sospecha vaga, que áun despues de verme en el camino del triunfo, se removia vagamente allá en el fondo de mi espíritu. A cada instante creía que la encantadora muchacha iba á escaparse de mis manos, dejándome burlado... Pere cuando entramos en los jardines disipáronse mis últimos inquietudes.

—Aquí dentro—dije para mí, inundado de

secreto gozo—no te me escapabas. ¡Victoria completa ¡Ahora, ángel celeste, aunque te arrepintieras no tendrías salvación.

Yo estaba como el general que acaba de ganar una batalla.

Abandonando el coche, avanzamos por las hermosas alamedas de aquel ameno sitio. Don Diego, despavilándose con la hermosura de lo que veía, charlaba por los tres. No había acabado de entrar y ya quería cazar todas las aves, pescar todos los peces y modificar á su antojo la posesion. Tal alameda no debía estar como la plantaron sus fundadores, sino de otra manera: tales árboles debían ser arrancados y sustituidos por otros: en determinado sitio debía construirse un edificio, un pabellon... en fin, para aquel impetuoso jóven nada debía ser como era.

Presentacioncita se extasiaba en la contemplacion del hermoso lago, que es principal adorno y riqueza de la hermosa finca. Después de observar largo rato el risueño espectáculo que ofrece la enorme masa de agua rodeada de amena verdura y corpulentos árboles, me dijo:

—Paseemos un poquito por el charco.

—Voy un instante á ver al administrador,
—le dije en voz baja, mientras D. Diego se